

**JORGE
AYALA
BLANCO**

LA HERÉTICA
DEL CINE MEXICANO

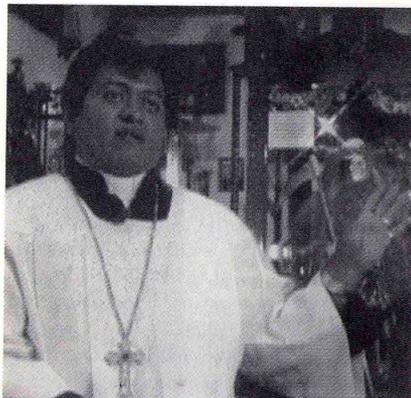
OCEANO

Ópera Extrema

EL CULTO INFAMANTE

Un culto inesperado. Un taxi se abre paso por las estrechas callejuelas del barrio bravo de Tepito, donde comienza hasta el más allá. Ave María en off. El colguije-fetiché-talismán ante el parabrisas la anuncia. Irrumpe tras cierto cristal una calaca haciendo las veces de Virgen María. En medio del altar callejero. Cual vagamente sacrilega y sonriente Guadalupana de beata sonrisa afable un poquitín más desencajada. Recogimiento florido. Túnica y tocado en suaves colores fundamentales, azul, amarillo, blanco. Con corona. Persignándose. De rodillas. Creyentes reunidos ante una escultura de tamaño natural en una esquina de la calle de Alfarería. Omnipresencia en la barriada. Calaveras alegres en las antipodas del día de Muertos, pero implicándolo, prolongándolo, desbordándolo. Imágenes, pósters. Bastones tótem. Altar con orgullosa y deferente propietaria matrona de nombre Enriqueta Romero. Oraciones inauditas pero no inaudibles. Escudo contra los enemigos y las armas. Protección contra las trampas, las traiciones y la venganza. Es la fe que le tenemos. O la superstición en su más primitivo y esplendente grado macabro.

Un culto al culto. En el prolijo pero muy contundente e informativo documental independiente *La Santa Muerte* de Uxval Gochez (vídeo digital, 53 minutos, 2005) se ilustran, sintetizan, retratan, dimensionan y redimensionan, como su



La Santa Muerte (2005)

nombre lo indica, varios aspectos del novedoso culto a la Santa Muerte, santa patrona de los ladrones, los narcotraficantes y delincuentes en general, pero ante la cual se persignan agentes de la Policía Federal Preventiva que en su rondín de vigilancia aciertan a pasar por los lugares ex profeso.

Un culto coherente. Ante nosotros, espectadores escépticos e impíos, cumple el culto a la Santa Muerte con las funciones y nobles finalidades primordiales que, por voracidad, cansancio, rutina, gravedad, melindres o anacronismo solemne, han desatendido los religiones establecidas: acoger todo tipo de fieles sin distingos, reconfortarlos, concederles paz y sosiego, elevarles el espíritu (inventado o no), proporcionarles confianza para sus difíciles y peligrosas tareas, brindarles consuelo en la desgracia, blindarlos contra la adversidad y consolidar su fuerza interior. Dice y reza al interior del filme una de sus oraciones más difundidas: "Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, te pido de todo corazón que rompas y destruyas todo encantamiento, hechizo y oscuridad que se presente a mi persona, casa, trabajo y camino. Santa Muerte, quita todas las envidias, pobreza, desamor y desempleo, y te pido de todo corazón y caridad me concedas con tu bendita presencia, alumbres mi casa y trabajo, y les des a mis seres queridos, amor. Bendita y alabada sea tu caridad, Santa Muerte". Nadie podría rogar por más coherencia, congruencia y consecuencia en la democracia divina contra la crisis socioeconómica y arrinconadota provocada por el PRIAN, en dónde. Amuletos de poder, también contra el poder.

Un culto alternativo. Fenómeno reciente, paulatino, callado, mercurial, ascendente y descendente, muy extendido en los últimos años, primero en el Distrito Federal y luego anexado por otras entidades federativas de la república. A modo de una carencia sagrada por fin satisfecha, como una corriente subterránea explotando sin ruido en mil voces antes silenciadas. El cura del lugar apenas puede ocultar su devaluadora y dogmática rabia moral ante la competencia, hablándoles a "los verdaderos católicos", pretendiendo predicarles desde lo que considera un filme doméstico y por ende edipizable, en contrastante compara-



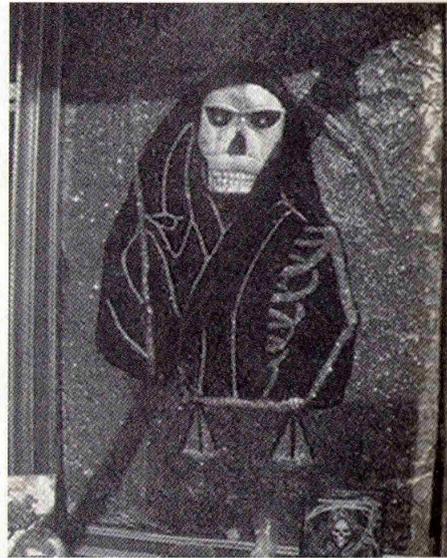
La Santa Muerte (2005)

ción con un insólito y aprovechado monseñor de la Iglesia Católica Tradicionalista México-Estados Unidos que se ha vuelto omnijustificador-todomediatizador para no perder de antemano la batalla e intentar apoderarse de la nueva clientela ("Esta fe que le tenemos da culto a la vida, no a la muerte") y, entre la Muerte en santidad de Dios y los anillotes de plata, toca frentes e intenta identificarse más claramente con el pueblo, con bandas y mariachis ("¡Sí se puede!, ¡claro que sí!"), parpadeos y tatuadas espaldas prietas ("Dame un beso, paloma, que ando desnudo cantando").

Un culto extendido. Poco importa si superstición o fe, según detecta y detalla el filme en sus constantes y variables, por todas partes, aunque sea medio escondidos, parece haber altares callejeros, capillas ad hoc e iglesias. Misa dominical para el chavo y la novia de dudosas actividades. Himno sahumado, las manos en corrillo ("No le

temo a la muerte, más le temo a la vida”). Ningún sacerdote ungido, sólo líder de oraciones, para los de afuera y los excluidos, sin tapujos (“Señora inmaculada, que nos das vida”). Poderosa muerte, el joven dentista guía el rosario que reivindica los perdidos valores de la comunidad, con dedicatoria expresa para todos los que están en las cárceles y prisioneros. La palabra católica los confunde, así como las ordenaciones y los estudios siempre ajenos, ya incapaces de encauzar las nuevas inquietudes y crecientes necesidades. Aquí se asiste sin ofrendas, sólo con el bebé en brazos. Es la Cofradía de la Santa Muerte, “vívida más sinceramente porque no somos hipócritas”, al margen de la parroquia tepiteña con otro *Don de Dios* (Fermín Gómez Lara, 2005). Hay un solo Dios y una sola muerte para cada quien. Todo parece haber empezado allí, en el templo hidalguense de Tultepec donde se veneraba equívocamente al esqueleto vestido de san Bernardo, hoy violentamente retirado de los altares, pero no han podido suprimirse las peregrinaciones que irrumpen bajo toldos, con imágenes pías de la Santa Muerte y banda musical de pueblo (en las antípodas del “Viva la muerte” de los franquistas y su antiprofeta fílmico Arrabal). Para los pajareros y el cohetero. Con gladiolas y pomadas aztecas. Suplicando que le sane el pie a su mamá, o dando gracias por ello. Se muestra la portada del volumen número III de la revista *Altars a la Santa Muerte*, dentro de la serie *Grandes Temas del Esoterismo*, que tú también compras en el puesto de la esquina y coleccionas, y si no “Pregúntele a su vecino”. Entre concheros bailando y los moros y cristianos de Santa María Coaxtlahuaca. Con el Santiago tradicional y testimonios del campesino Agapito. La Santa Muerte impera con sombrero y capa bordada.

Un culto del miedo. Procesión con cámara dinámica a la Cueva del Diablo para mitigar tu dolencia y mi indolencia. En el hipercorrupto



La Santa Muerte (2005)

aunque entrañable México actual, los dichos populares cambian de sentido y se confirman en el límite las frases célebres baratonamente recopiladas por algún espontáneo erudito instantáneo Raúl Soriano para cualesquiera Editores Mexicanos Unidos con el objeto de procurar hasta a los apachurrados usuarios del Metro los Pilares de la Sabiduría de “Una vida mejor”. El proverbio “El que nada debe nada teme” se ha transformado en “El que todo debe nada teme”, gracias a la ¿dreyeriana, resurreccional? Fe en la Santa Muerte, demostrando que “El miedo es más ingenioso que el odio” (Bayle), porque el odio a la fuerza pública de la misma naturaleza sería un estéril autoodio sin ingenio; que “El miedo hace a los hombres creer lo peor” (Curcio), porque lo peor ya se ha vuelto misericordiosamente deseable; que “El miedo siempre nos aleja de la ignorancia” (Emerson), porque hay que sentarse a orar entre homó-

logos y cómplices ya conocidos y probados; que "El miedo nos aleja del peligro y solamente en el peligro hay vida" (Crane), porque el nietzscheano-godardiano sin aliento vivir peligrosamente hasta el final deviene vil prevención cotidiana; que "Forzosamente debe tener miedo a muchos quien es temido por muchos" (Séneca), porque el todoprevisor derecho y la insobornable moral romanos jamás excluiría a los narcodevotos tan plásticamente definidos de urgencia, y que "En el miedo extremo no hay piedad" (César), porque una piedad otra debe crearse para él, ya que "La muerte nos lleva a la calma y al profundo sueño de que gozábamos antes de venir al mundo" (Cicerón) y la Santa Muerte se desliza y desliza con recién nacido sigilo gozoso otro profundo sueño de nonato; ya que "Lo terrible de la muerte es el misterio que la envuelve, pero ¿acaso envuelve un misterio menor la vida?" y la misma susodicha calaca se vuelve cercana y cotidiana dejando de ser terrible al envolver en su pristino misterio a la vida y la muerte de un jalón, y ya que "El polvo que piensa no vuelve al polvo" (Urueta). Así ataca de nuevo el miedo que está en el origen de todas las religiones, las antiguas y las recientes. Las creencias estructuradas y firmadas por Confucio, Buda, Moisés, Elías, Jesucristo o Mahoma, pero también las anónimas y las clandestinas, o ni tanto.

Un culto contextualizado. Desde perspectivas menos cerradas, desde puntos de vista deseosos de comprender y deslindar el fenómeno, histórico-antropológico, disertan ante la cámara, plurales y con brevedad, los expertos, la historiadora del INAH Elba Malvido, la antropóloga Katia Perdigón, el también antropólogo Rodolfo Montes, el poeta Homero Aridijis ("Donde le falle un santo tradicional... la Santa Muerte es distinta, Juan Diego es un santo colonial y los jóvenes actuales ya no se identifican con un indígena sojuzgado"), el filólogo televisivo Ernesto de la Peña ("Las iglesias han proliferado, crecen como flores

en los barrancos, y van a seguir creciendo; para estar preparados, en el sentido católico del término, y que del otro lado no nos vaya tan mal"), todos sin prejuicio alguno pero con base en un exceso de juicios. La cultura no es algo dado y para siempre, se reinventa cada día. Que la Santa Muerte nos escuche, nuestra niña blanca. Rito medieval, prehispánico y barroco, necrofilico y milagroso como la capilla de Catedral, las indulgencias, los huesos autenticados de los santos, santa Hilaria o san Vital. Nacimiento de un símbolo, como cada 50 años. Laguna encantada en los Tuxtlas, brujos y curanderos de Catemaco, hechizos y limpias, machete y fogata. Yo sí tengo fe. Veladoras y velas hasta en la comandancia de la PFP ("No es un símbolo maligno"). Para tapar el sol con un dedo flamígero, el prepotente presbítero desesperado de barbitas recurre hasta a la traición del secreto de confesión y a la calumnía amarillista ("Es un pacto con la Muerte: en vez de que me mates a mí, matas a otro narco; aquí ya entramos al terreno de lo satánico, nos hemos enterado por confesiones que a veces han tenido que matar también a personas o a niños para ofrecérselos en culto a la Muerte"). En compensación los sacerdotes de nuevo cuño clandestino se enorgullecen de su expansión variopinta ("Vienen comerciantes, amas de casa, obreros, carpinteros, de todos los oficios, pero también vienen hampones, o judiciales, o policías, los mismos que van a la iglesia de san Judas Tadeo vienen aquí") y se politizan a ultranza patrioteramente ("Viva México, arriba y adelante, aquí estamos por el Cambio, el cambio de régimen, el cambio de Presidente, para que nos vaya mejor a los mexicanos"). Las figuras del tablero del juego tradicional de la lotería pasan en sobreimpresión, mostrando a la Calavera entre sus homólogos el Alacrán, el Diablito y el Borracho, nada menos. Al mismo nivel de las que proclaman los favores del Niño Fidencio o la Virgen de Guadalupe, las voces anónimas son incallables ("Yo la quiero

\$20⁰⁰ No. 35

PVP: USA \$2.50

Grandes Temas del Esoterismo

Altars a la Santa Muerte III



Ceremonia
para cambiarle
su vestimenta

Milagros
que ha realizado

La Santa Muerte (2005)

mucho, me ha hecho muchos milagros, las gentes somos muy raras, van a decir: y mira quién lo está diciendo... pregúntele a la gente"). Operativo en busca de droga, en bolsitas y vendedor al menudeo ("Yo nunca te voy a dejar"). Para todo, mi madre: el exreo. Si nos ayuda a nosotros...

Un culto prohibido. Se ve, se siente, la Santa está presente. Con la Muerte tatuada en el pecho, la Santa entra en la lucha. Pero también contra el primado cardenal primate ("Norberto, fascista, te tenemos en la lista"). Imágenes henchidas y consignas airadas de la manifestación de protesta por parte de los fieles de la Santa Muerte porque en mayo de 2005 el secretario de Gobernación Santiago Creel, más foxista agachón que el foxismo más retrógrada, prohibió su culto. Entrada con estandartes macabros a la plancha del Zócalo. Démosle un fuerte abrazo a la Flaquita. Anegar de reconocimiento el culto de los siglos. Les niegan tolerancia, perdieron la adscripción de sus iglesias en el Registro de Asociaciones Religiosas, deslegitimaron a Rockdrigo y Pascual Reyes e incluso al *Agnus Dei* de Mozart que utilizaban como músicas de fondo. ¿La extinción? No, hasta haberlo convertido en un culto infamante de proporciones (ya un millón de seguidores por todo el país) y proyecciones, ahora sí, impredecibles. Pero ¿quién podría negar el dato que preside el iluminador filme de Gochez: el de que hoy por hoy en México la única religión viva, joven, vigorosa, y que religa a sus fieles, y es relegada realmente por ellos, es la religión presente y propalada por la advocación y las iglesias de la Santa Muerte?